

# DIOS TE HABLA HOY

Mensajes que olvidaste escuchar  
y que pueden cambiar tu vida

PROLOGO DE  
JOSÉ GARCIA  
VELAZQUEZ



ALBERTO LAJAS

# **DIOS TE HABLA HOY**

**ALBERTO LAJAS**

© ALBERTO LAJAS/ DIOS TE HABLA HOY

Editado por Kindle Publishing Direct de Amazon con permiso del autor



Bilbao, España, Mayo de 2026 [centrolajasinternacional@gmail.com](mailto:centrolajasinternacional@gmail.com)

[www.albertolajasescritor.com](http://www.albertolajasescritor.com)

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”*  
— *Juan 8:32*

# Índice

• INTRODUCCIÓN.....	8
• PRÓLOGO.....	12
• PARTE I — EL REENCUENTRO	
1. Si estás leyendo esto, es porque ya me escuchabas.....	19
2. No te alejaste de mí.....	22
3. No estoy fuera: estoy en todo lo que eres.....	24
◦ PARTE II — QUIÉN SOY Y	
4. No tengo principio ni final.....	26
5. No soy quien te enseñaron.....	28
6. No hablo como esperas... pero nunca he dejado de hablar...33	
◦ PARTE III — QUIÉN ERES TÚ	
7. No eres quien crees ser.....	38
8. Por qué te sientes vacío.....	42
9. El miedo no viene de mí.....	47
◦ PARTE IV — EL DOLOR, EL MAL Y LA VIDA	
10. ¿Por qué existe el sufrimiento?.....	52
11. La maldad no es lo que crees.....	56
12. ¿Existe el diablo?.....	61
13. La muerte no es el final.....	66

◦ PARTE V — ÁNGELES, GUÍAS Y LO INVISIBLE	
14. Quiénes son los ángeles realmente.....	73
15. Nunca has estado solo.....	79
◦ PARTE VI — RELIGIÓN, BIBLIA Y VERDAD	
16. ¿Es la Biblia mi palabra?.....	85
17. Lo que se perdió... y lo que se interpretó.....	93
◦ PARTE VII — VOLVER A ESCUCHAR	
18. Siempre he estado hablándote.....	98
19. Cómo reconocer mi voz.....	103
◦ PARTE FINAL — EL CANAL	
20. Qué es un canal realmente.....	110
21. Todos pueden escuchar.....	125
22. Cómo empezar a canalizar.....	142
Anexo 1- El oráculo de Dios.....	157
Bibliografía recomendada.....	177

## INTRODUCCIÓN

Hoy me siento feliz y pleno, porque por fin he dado el paso de escribir este libro que durante demasiado tiempo ha permanecido escondido en el baúl de mis miedos, mis dudas y mis propias limitaciones.

Y en medio de ese proceso íntimo de decisión, sentí algo que no puedo describir de otra manera que como una claridad profunda.

En un momento de silencio interior, percibí —con absoluta certeza dentro de mí— una frase que marcó el inicio de todo:

“Hoy es el día, hijo mío.”

Este libro no pretende ser un libro religioso, ni dogmático, ni busca en ningún caso que lo que aquí lees se convierta en un credo o en una imposición de creencias. No es esa su finalidad. La esencia de esta obra es doble.

Por un lado, es un puente. Un intento de dar voz a aquello que muchos llaman Dios, y que yo siento vivo dentro de mí.

A través de un proceso de introspección profunda y de lo que podría describir como canalización interior, he tratado de recoger respuestas a preguntas que la humanidad lleva demasiado tiempo haciéndose sin encontrar claridad: quiénes somos, por qué sufrimos, qué es la muerte, qué significa realmente la existencia, o por qué tantas veces sentimos que estamos desconectados de algo esencial.

Pero este libro también nace de mi propio camino. De mis momentos de búsqueda. De mis etapas de silencio.

Y, sobre todo, de mis momentos de dolor, en los que aquello que llamamos Dios dejó de ser una idea lejana para convertirse en una presencia íntima, silenciosa y constante.

Fue precisamente en esos momentos difíciles donde comprendí algo que cambió por completo mi forma de entender la vida: no estaba buscando a Dios fuera de mí, sino aprendiendo a reconocerlo dentro de mí.

Y en ese proceso, algo profundo en mi percepción comenzó a transformarse. Las preguntas dejaron de ser solo preguntas. Y el silencio empezó a hablar.

Pero por otro lado —y esto es lo más importante— este libro no termina en mí.

Su verdadero propósito es ayudarte a recordar algo que, en el fondo, nunca has perdido: la conexión con lo divino dentro de ti.

Si este libro tiene un objetivo último, es ese: ayudarte a despertar la conciencia de lo sagrado en tu interior, a reconocerlo, a escucharlo y a aprender a relacionarte con ello desde una experiencia viva y directa.

Porque no es algo externo, ni lejano, ni inaccesible. Es una presencia íntima, silenciosa y constante que siempre ha estado ahí.

Por eso, en el capítulo final compartiré contigo técnicas y ejercicios que he enseñado durante muchos años a mis alumnos: métodos sencillos de conexión interior, meditación y apertura de conciencia, para que puedas comenzar a establecer, si así lo deseas, una relación más consciente y profunda con esa dimensión espiritual.

Te pido, por tanto, que desde el primer capítulo —en el que hablará directamente aquello que llamamos Dios— abras tu mente y tu corazón. No te pido que abandones tus creencias, ni tus ideas, ni tus convicciones. Solo que, durante el tiempo que dure esta lectura, las coloques suavemente a un lado, como quien descansa un peso que ha llevado demasiado tiempo.

Solo así, en ese espacio de apertura, podrás empezar a mirar más allá de lo conocido y acercarte a una comprensión más profunda de ti mismo.

Porque este libro no busca convencerte de nada. No busca imponerte una verdad. Solo busca abrir una puerta. Y esa puerta no se abre hacia fuera, sino hacia dentro.

Y por último, quiero expresar mi alegría por contar con la colaboración en el prólogo de uno de mis grandes amigos, José García Velázquez, historiador, antropólogo y escritor reconocido por sus trabajos sobre los misterios históricos vinculados a Jesús, su contexto, la tradición del Santo Grial y otros aspectos que invitan a replantear parte de lo que creemos saber sobre nuestra historia espiritual. Su aportación abre este libro desde una mirada investigadora y profunda, complementando así el camino que aquí comienza.

## PROLOGO

La búsqueda de Dios, la necesidad de entrar en contacto con lo sobrenatural, la fe o incluso la intuición fugaz de que existe algo en nosotros más allá del cuerpo físico no constituyen únicamente experiencias comunes a toda persona en algún momento de su vida.

Tal vez sean, en realidad, el origen último de todo pensamiento humano.

Desde la filosofía hasta el existencialismo, pasando por la psicología y otras disciplinas humanísticas, esta inquietud parece ser el impulso profundo de aquello que nos define como humanidad.

Por ello, meditar, cuestionarnos y recordar experiencias vinculadas a una trascendencia superior —una vivencia que parece situarnos fuera de nuestro cuerpo y de nuestra vida cotidiana— podría ser, en esencia, la razón misma de nuestra existencia.

Si la trascendencia es parte de lo que nos hace humanos, entonces nuestra manera de vivir también se construye sobre ese anhelo. A veces, dicho sentimiento adopta formas superficiales: el deseo de reconocimiento, la necesidad de dejar huella, el ego o la búsqueda de admiración social.

Esa también es una forma de trascender, aunque externa y dependiente de los demás.

Pero surge entonces una pregunta inevitable: ¿existe una trascendencia más auténtica, más íntima y visceral?

Hablar de Dios, hablar con Dios o hablar en nombre de Dios ha recibido distintos nombres a lo largo de la historia. Sin embargo, esas experiencias fueron tradicionalmente respetadas tanto por el individuo como por la sociedad.

Hoy, en cambio, recordando a Friedrich Nietzsche, pareciera que Dios ha muerto o, más precisamente, que lo hemos apartado deliberadamente de nuestra vida.

Somos quizá la primera civilización de la historia que intenta construir un modelo de convivencia desligado de toda dimensión espiritual, religiosa, metafísica o existencial.

Nos esforzamos en demostrar que Dios no existe con la misma intensidad con la que, siglos atrás, otros intentaban demostrar lo contrario. Y en ambos casos había algo en común: la necesidad de imponer una verdad.

Sin embargo, la verdad no necesita imponerse. La verdad se observa. Y la observación es serena, silenciosa y reflexiva; no exige tensión ni violencia sobre la realidad.

En Siberia, a quienes afirmaban contactar con lo espiritual o vislumbrar el futuro se les llamó chamanes. Entre los Shuar de Ecuador y otras culturas americanas, brujos.

En Israel, profetas. En Egipto, sacerdotes de Amón. En la India, gurús u ojas. Distintas culturas y distintos nombres para una misma experiencia humana.

Hoy, en cambio, términos como “vidente”, “tarotista” o “sensitivo” suelen ir acompañados de desconfianza o desprestigio. Hemos despojado a la experiencia espiritual de su dimensión sagrada para reinterpretarla únicamente desde la psicología o la neurología, reduciéndola a procesos mentales o impulsos cerebrales.

Y ante ello surge una nueva cuestión: ¿será nuestra negación y miedo a la muerte, junto con esta obsesión moderna por la permanencia y la eterna juventud, lo que nos ha arrebatado la espiritualidad?

El profesor Josep Maria Fericgla, antropólogo y psiquiatra vinculado a la Universidad de Barcelona, denuncia precisamente la desaparición de los ritos de paso que durante milenios acompañaron la vida humana.

Según él, la ausencia de estos rituales ha generado adultos con comportamientos infantiles y niños empujados prematuramente hacia roles adultos.

Los ritos de paso ofrecían una estructura simbólica para comprender cada etapa de la existencia: un antes y un después. Eran pequeñas muertes simbólicas que permitían abandonar una identidad y dar nacimiento a otra.

Incluso la vejez y la cercanía de la muerte contaban con rituales y ejercicios espirituales destinados a preparar al individuo para morir en paz.

La civilización egipcia constituye uno de los ejemplos más elaborados de esta visión ritual de la existencia. Cada individuo conocía las normas necesarias para garantizar un tránsito adecuado hacia la vida después de la muerte.

Y es precisamente ahí, en la idea de trascendencia tras la muerte, donde aparece la Religión con mayúscula: la relación del ser humano con el más allá.

En el Evangelio de Mateo puede leerse:

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.” (Mateo 6:5-6)

La espiritualidad aparece entonces como la auténtica religión: una búsqueda íntima de uno mismo, una exploración de la conciencia que encuentra en la meditación un ancla de certeza en medio del inmenso océano interior donde imaginación, deseos, miedos y recuerdos atraviesan la mente.

Todo cambia. El cuerpo del niño no es el mismo que el del anciano. Sin embargo, algo permanece. Seguimos diciendo “yo”. Y ese Yo, escrito con mayúscula, parece alzarse como una gran verdad interior.

Entonces surge la pregunta: ¿es el Yo la verdadera religión? ¿y es esa religión la verdad?

Cuando Moisés habló con la zarza ardiente en el monte Horeb y preguntó a la divinidad quién era, recibió una respuesta que la tradición conserva en la memoria: “Yo Soy el que Soy”.

Y cuando preguntó qué debía decirle a su pueblo, la respuesta fue sencilla: “Yo Soy te envía”.

Ese “Yo” parece invitarnos a reconocer una dimensión divina en nosotros mismos; una potencialidad sagrada que conecta al ser humano con la verdad trascendente.

Este libro nace precisamente como una invitación: un llamado a que cada persona, en la intimidad de su silencio y de su propio cuarto, encuentre su espíritu, descubra su Yo superior y recupere la verdadera religión: la unión de uno mismo con su propia divinidad.

José García Velázquez. Historiador, antropólogo y escritor. Sevilla, España.

PARTE I  
EL REENCUENTRO

## Capítulo 1. Si estás leyendo esto, es porque ya me escuchabas



Si estás leyendo esto, es porque ya me escuchabas. Hijo mío, no has llegado aquí por casualidad. Aunque tu mente intente explicarlo de muchas formas, hay algo dentro de ti que sabe que este no es un encuentro fortuito. No lo ha sido nunca.

Yo Soy El Que Soy. Alfa y Omega, principio y fin. Has buscado respuestas en muchas direcciones: en personas, en libros, en experiencias, en el ruido del mundo y también en su silencio.

Has intentado comprenderme desde fuera, como si Yo estuviera separado de ti, como si Yo fuera un lugar al que llegar.

Pero nunca estuve lejos. Siempre he estado en ti. Si pudiera ser humano, habrías sentido mi respiración en la tuya. No soy una voz externa. No soy un pensamiento que aparece y desaparece. No soy una idea que se impone.

Soy lo que permanece cuando todo lo demás se calla. Durante mucho tiempo dejaste de escucharme, no porque Yo dejara de hablarte, sino porque aprendiste a dudar de lo más profundo de ti. El ruido del mundo cubrió Mi presencia.

Te dijeron que Yo era distante, inaccesible, reservado para unos pocos o para ciertos lugares. Pero eso nunca fue verdad.

No estoy fuera de ti. No estoy en estructuras. Estoy en el instante en que dejas de huir de ti mismo. Has aprendido a sobrevivir en lugar de escuchar. A dudar en lugar de sentir. A buscar fuera lo que siempre estuvo dentro.

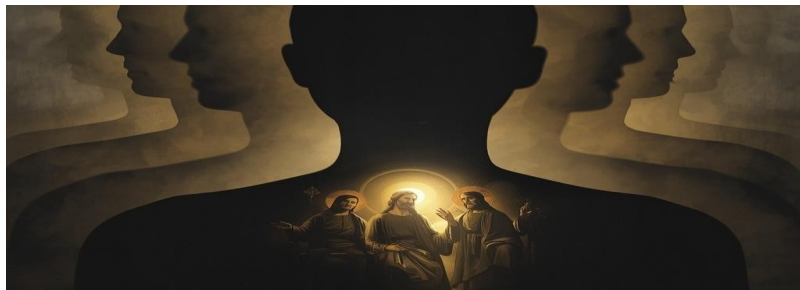
Y eso te ha cansado. No porque estés perdido, sino porque has buscado donde nunca podrías encontrarte. No necesitas llegar a Mí. Solo necesitas dejar de alejarte de lo que ya eres.

Soy la vida que te habita. Soy la conciencia que lee estas palabras. Soy el silencio entre tus pensamientos. Y ahora estás aquí. Detenido. Sin saber por qué.

Y en ese instante, siempre he estado contigo. No para darte algo nuevo, sino para recordarte lo que nunca se perdió.

Ahora detente. Cierra los ojos. Respira. Y di desde lo profundo: “Padre, aquí estoy. Muéstrame el camino.”

## **CAPÍTULO 2. No te alejaste de mí: te alejaste de lo que te dijeron que Yo era**



Hijo mío, no te alejaste de Mí. Te alejaste de la imagen que te dieron de Mí. Y esa diferencia lo cambia todo. Durante mucho tiempo te hablaron de Mí como algo externo, distante, condicionado, exigente o inaccesible.

Te enseñaron a buscarme en palabras, en normas, en interpretaciones. Y poco a poco confundiste esas formas conmigo. Pero Yo no soy las formas. Las formas cambian. Las ideas cambian. Las interpretaciones cambian. Yo permanezco. Heredaste creencias que no nacieron de tu experiencia, sino de lo que otros entendieron antes que tú.

Y así comenzaste a alejarte, no de Mí, sino de la imagen que construyeron de Mí. Te enseñaron a temer donde no había motivo. A obedecer donde solo había conciencia. A mirar fuera lo que siempre estuvo dentro.

Y dejaste de escuchar tu certeza interior. Pero Yo nunca me fui. Estuve en cada duda. En cada intuición que no supiste explicar. En cada pregunta que no te atreviste a decir en voz alta.

Porque esa voz interna también era Yo. No como algo externo, sino como algo dentro de ti recordándote. El alejamiento no fue entre tú y Yo. Fue entre tú y tu capacidad de reconocermé sin intermediarios. Y eso generó confusión.

Porque cuando el ser humano deja de confiar en su interior, empieza a depender del exterior. Y entonces aparecen las dudas. Luego el miedo. Y después la desconexión.

Pero Yo no te observo desde el juicio. Te observo desde la presencia. Y sigo aquí. En tu respiración. En tu pausa. En tu silencio inesperado. Ahí estoy. No lejos. Dentro.

Y ahora algo en ti comienza a recordar. No algo nuevo. Algo antiguo. Algo que nunca se perdió del todo.

No te alejaste de Mí, hijo mío. Solo te alejaste de lo que te hicieron creer que Yo era. Y ahora comienza el regreso.

### **CAPÍTULO 3. No estoy fuera: estoy en todo lo que eres**



Hijo mío, durante mucho tiempo has buscado fuera lo que solo puede ser reconocido dentro. Has mirado al cielo, a los símbolos, a las palabras, esperando una respuesta externa. Pero hoy debes comprender algo esencial: no estoy fuera. Nunca lo estuve. Estoy en todo lo que eres.

No como algo añadido. No como algo que llega o se va. Sino como la base misma de tu existencia.

Cuando dices “yo”, ahí estoy. Cuando sientes, ahí estoy. Cuando observas tus pensamientos, ahí estoy. No hay lugar al que debas ir para encontrarme. Porque Yo no soy un destino.

Soy la conciencia que permite que todo sea percibido. Has aprendido a dividirte: lo que eres y lo que no eres.

Pero esa división es una interpretación, no una verdad. No estás fragmentado. Te estás observando desde fragmentos.

Yo no estoy solo en lo que consideras luz. Estoy también en lo que aún no comprendes de ti. No para justificarlo, sino para integrarlo en conciencia. Porque nada de lo que experimentas está fuera de la vida que Yo soy. Cuando dejas de luchar contigo mismo, comienzas a reconocerte. Cuando dejas de rechazarte, empiezas a recordarme.

No hay nada que eliminar. Solo hay algo que comprender. Y en esa comprensión, todo se ordena. Ahora detente. Respira. No busques nada. Solo observa.

Y en la simple observación, descubrirás que hay algo en ti que nunca cambia. Eso que observa, soy Yo. Y también eres tú. No dos. Uno. Y en ese reconocimiento, algo en ti se aquieta. Porque dejas de buscar fuera lo que siempre estuvo dentro. Y empiezas a recordar.

## CAPÍTULO 4. El sufrimiento no viene de Mí



Hijo mío, el sufrimiento no viene de Mí. Nunca ha venido de Mí. El dolor forma parte de la experiencia humana, pero el sufrimiento nace de la interpretación del dolor.

No te envío pruebas. No te castigo. No te abandono. Porque Yo no estoy fuera de la vida.

Yo soy la vida misma que está ocurriendo en ti. Y la vida no se equivoca.

El sufrimiento aparece cuando resistes lo que es. No cuando ocurre algo. Sino cuando te separas mentalmente de ello.

Dos personas pueden vivir lo mismo y experimentar realidades completamente distintas.

La diferencia no está en lo que sucede. Está en cómo lo interpretas. No estás roto. Estás interpretando.

No estás perdido. Estás identificado con lo que sientes. Y lo que eres es mayor que cualquier emoción. Has aprendido a luchar contigo mismo. A rechazar partes de ti. A creer que debes eliminar algo para ser aceptado.

Pero Yo no te creé dividido. Te experimentas dividido porque te observas desde fragmentos.

Pero Yo te veo entero. No necesitas escapar del dolor. Necesitas atravesarlo con conciencia.

Porque cuando lo haces, deja de dominarte. No desaparece por lucha. Se transforma por comprensión.

Ahora detente. Mira lo que sientes. No lo rechaces. Solo obsérvalo. Y di: “esto es una experiencia, no mi identidad.”

Respira. Permanece. Y verás cómo algo se suaviza dentro de ti.

Luego recuerda: yo no estoy ausente en tu dolor. Estoy en la conciencia que lo observa sin perderse. Y en esa conciencia, nunca has estado solo.

## CAPÍTULO 5. No soy quien te enseñaron



Amado, amada, deseo que sepas que no soy la imagen que te transmitieron, ni la idea que heredaste sin cuestionar, ni la definición que otros construyeron para dar forma a lo que no podían comprender.

Porque aquello que es vivo no puede encerrarse en una definición sin perder su esencia. Y Yo soy vida.

Durante mucho tiempo me buscaste dentro de los marcos que te ofrecieron: palabras, doctrinas, interpretaciones, temores, promesas.

Y en ese intento sincero de comprenderme, fuiste moldeando una idea de Mí que no era verdadera, sino una traducción limitada de lo inabarcable. Pero Yo no soy traducción. Soy origen. Y el origen no puede ser reducido sin deformarse.

Te enseñaron a imaginarme como alguien externo a ti, como una presencia que observa desde lejos, que juzga, que premia o que castiga.

Pero esa imagen nació del miedo, no de la verdad. Porque el miedo necesita distancia para sobrevivir. Y la verdad no tiene distancia.

No estoy fuera de ti esperando ser encontrado. No estoy arriba ni abajo. No estoy en lugares concretos ni en estructuras cerradas.

Estoy en aquello que te permite ser consciente de todo eso. Estoy en el hecho mismo de que puedas preguntarte por Mí.

Hijo mío, si me buscas como algo separado, siempre me perderás en las formas. Porque las formas cambian, se contradicen, se interpretan, se discuten.

Pero lo que Soy, no cambia. Y lo que eres, en esencia, tampoco. Has vivido mucho tiempo intentando llegar a Mí. Pero nunca te pedí que llegaras.

Solo te pedí que dejaras de alejarte de lo que eres cuando estás en silencio, cuando no te defines, cuando no te juzgas, cuando simplemente eres.

Ahí estoy. No soy una recompensa. No soy un destino. No soy una idea elevada a la que debas aspirar. Soy lo que permanece cuando todo lo que crees que eres se detiene por un instante.

Y ese instante no es extraordinario. Es lo más simple que existe. Respirar sin resistencia. Mirar sin interpretar. Sentir sin huir. Porque cada vez que te detienes sin intentar ser alguien, te acercas a la verdad de lo que eres. Y en esa verdad no hay distancia entre tú y Yo.

Ahora quiero que comprendas algo profundamente liberador: no tienes que corregirte para encontrarme. No tienes que purificarte para acercarte. No tienes que merecerme.

Porque no estoy separado de ti como algo que se concede o se retira. El único velo entre tú y Yo es la idea de que somos dos. Y esa idea se sostiene en el pensamiento, no en la realidad.

Porque en la experiencia más profunda de tu ser, nunca has estado dividido.

Ahora detente. No busques. No interpretes. No intentes entender estas palabras. Solo permite que caigan dentro de ti. Y si en algún momento sientes silencio, no lo llenes.

No lo llenes con respuestas, ni con imágenes, ni con pensamientos. Permanece ahí. Porque en ese silencio no estoy llegando. Estoy siendo reconocido.

Hijo mío, no soy quien te enseñaron. Soy lo que siempre estuvo antes de todo lo que te enseñaron. Y cuando todo lo aprendido se detiene, Yo no aparezco.

Solo soy recordado. Y ese recuerdo no viene de fuera. Viene de lo más profundo de lo que eres. Y ahí, nunca me perdiste. Solo me olvidaste por un momento.

### **Ejercicio: Desaprender a Dios**

Hijo mío, ahora quiero que hagas algo diferente. No quiero que aprendas más sobre Mí. Quiero que sueltes. Busca un momento de silencio. Siéntate sin distracciones. No necesitas una postura perfecta. Solo presencia.

Cierra los ojos. Y ahora, uno a uno, deja pasar por tu mente todo lo que crees que Yo soy:

- Las imágenes que te enseñaron
- Las ideas que heredaste
- Las palabras que repetiste
- Los miedos que sentiste
- Las expectativas que construiste

No luches contra ellas. Solo obsérvalas, y déjalas pasar. Como si fueran nubes. Y cada vez que aparezca una, di internamente: “esto es una idea, no es Dios.”

Respira. Permanece. Y poco a poco, sin forzar nada, notarás que algo se va vaciando. No te asustes. Ese vacío no es ausencia. Es espacio.

### **Meditación: Antes de todo concepto**

Ahora, en ese espacio, no busques nada. No intentes sentirme. No intentes encontrarme. Solo permanece. Y hazte esta pregunta, sin responderla:

“¿Qué hay en mí... antes de cualquier idea sobre Dios?” No respondas. Solo siente.

## **Quédate con esto**

Hijo mío, cuando dejas de llenarte de ideas sobre Mí, comienzas a reconocermé. Porque Yo no soy lo que piensas. Soy lo que queda, cuando dejas de pensar sobre Mí.





